

PQ6005

.M4

v.2

1885



FONDO E. METERIO
VALVERDE Y TELLEZ



LA POESÍA HORACIANA

EN

CASTILLA

Es mi propósito exponer brevemente la historia, hasta ahora no escrita con separación y claridad, de los imitadores *horacianos* en España, tarea que puede servir de complemento al estudio sobre los traductores y comentaristas, que acaba de leerse. Dividiré el que sigue en dos secciones, dedicada la primera á los poetas horacianos de Castilla, y la segunda á los de Portugal, puesto que en la poesía *catálana* nunca ha dominado mucho la influencia que vamos persiguiendo. Cataluña ha dado excelentes horacianos, uno de primer orden; pero han escrito en castellano; y entran, por ende, en esta primera sección.

Entendiendo yo por *poesía horaciana* la que fielmente se inspira en el pensamiento ó en las

010642

dera y directa imitación, reduciéndose estos vestigios, unas veces á ciertas formas rítmicas conservadas por la tradición de los himnos de la Iglesia, y otras á coincidencias, que pudieran ser casuales, en pensamientos comunes. Es indudable que Horacio fué el poeta romano menos leído en aquellos siglos, si exceptuamos á Lucrecio, Catulo, Tibulo y Propercio, que permanecieron aún más olvidados.

Sabido es que el Archipreste de Hita intercaló en su misceláneo y auto-biográfico poema variedad de fábulas y ejemplos, tomados de fuentes muy diversas. Alguno de ellos, el de *Mur de Monferrado* y *Mur de Guadalajara*, por ejemplo, hállase en Horacio; mas no veo fundamento bastante para deducir de aquí que el Archipreste conociese las sátiras y epístolas del Venusino. El apólogo citado *de los dos ratones*, y otro ú otros dos que se hallan en el mismo caso, andan de antiguo en las colecciones esópicas que el Archipreste conocía bien, y la manera de contarlos se asemeja muy poco á la de Horacio, habiendo hasta en los pormenores alguna diferencia. Por lo demás, la fábula del Archipreste es, á mi entender, superior en gracia narrativa á las posteriores de Argensola, Lafontaine, Samaniego, y tantos otros como han manejado el mismo asunto,

«..... de los dos cautos ratones,
Que en Horacio tal vez habrás leído.»

En algunos de nuestros antiguos libros de *ejemplos*, reaparecen ciertas fábulas de las introducidas por Horacio en sus sátiras y epístolas; pero tomadas siempre de las colecciones de apólogos, entonces muy leídas, nunca del texto del poeta. Sólo en cuanto al Archipreste pudiera haber duda, puesto que fué hombre de cultura clásica, y obedeció en parte á las tendencias del *primer renacimiento*, comenzado en el siglo XIII, y bruscamente detenido, aunque no cortado, en la segunda mitad del XIV.

Este primer renacimiento, que pudiera llamarse *petrarquista*, puesto que el amor de Laura figura á la cabeza de los restauradores de la antigüedad en Italia, no es todavía el *renacimiento horaciano*. Llega éste en el siglo XV, pero incompleto y débil aún por lo que toca á la poesía en lenguas modernas. El marqués de Santillana inicia entre nosotros aquel movimiento, asimilándose á su manera el espíritu de Horacio en aquella imitación del *Beatus ille*, en otro lugar recordada, porque de ella arranca todo estudio horaciano en la Península.

Con nueva vida, al par que con admirable sabor antiguo, restauraron en esa centuria las formas y la idea de Horacio los poetas latino-italicos, entre los cuales descuella Ángelo Poliziano, el hombre que más viveza, animación y gracia juvenil ha logrado poner en una lengua muerta.

Alma del todo pagana, sintió como nadie el prestigio de la antigüedad, y supo comunicársele á aquellas brillantes *silvas* que fueron enseñanza y alimento de la juventud neolatina en la edad siguiente. En sus poesías sueltas, Ángel osaba imitar de Horacio todo, hasta la oda *In anum libidinosam*. Cuando Landino publicó en 1483 su edición de Horacio, la primera un tanto correcta que vió Europa, encabezóla Poliziano con unas peregrinas estrofas:

«Vates Threicio blandior Orphee,
Seu malis fidibus sistere lubricos
Amnes, seu tremulo ducere pollice
Ipsis cum latebris feras...»

¡Cómo palpita el sublime entusiasmo del renacimiento en aquellos alados versos:

«Quis te a Barbarica compede vindicat,
Quis frontis nebulam dispulit, et situ
Detorso, levibus restituit choris,
Curata juvenem cute?
O quam nuper eras nubibus et malo
Obductus senio! Quam nitidos ades
Nunc vultus referens, docta fragrantibus
Cinctus tempora floribus.
Nunc te deliciis, nunc decet et levi
Lascivire choro, nunc puerilibus
Insertum thiasis, aut fide garrula
Ludere inter virgines.»

Este canto de loor á Horacio parece el himno triunfal de los hombres del Renacimiento. Desde

aquella época, el cisne del Ofanto, por tanto tiempo olvidado, imperará sobre las generaciones literarias con absoluto é incontrastable predominio. Veámoslo en nuestra Castilla.

I.

Ab Jove principium: comencemos por Garcilasso.

¿Y cómo no, si á él se debe la primera joya horaciana de la poesía moderna, *La Flor de Gnido*, que, no por ser la primera, deja de parecernos una de las más lindas y primorosas imitaciones de la lírica clásica? Pero es destino de los grandes ingenios comenzar por donde otros acaban. Con aquellas veintidos estrofas, modelos de ligereza y de gracia, resucitó Garcilasso la erótica horaciana, amoldándolas diestramente al gusto moderno, y creó á la vez una combinación rítmica ¹ suelta y fácil, que parece nacida para tal intento; estrofas de cinco versos, en que graciosamente se combinan los de siete con los de once, esencialmente líricas, y tan flexibles,

¹ Esto no es enteramente exacto. Garcilasso no inventó la combinación llamada *lira*. La he encontrado, si bien no con mucha frecuencia, en poetas italianos de la primera mitad del siglo xvi, y especialmente en Bernardo Tasso, celebrado por nuestro poeta toledano en el soneto que principia:

«Ilustre honor del nombre de Cardona,
No décima á las nueve del Parnaso,
Á Tansillo, á Minturno, al culto Tasso,» etc., etc.

que de igual modo se prestan á ardientes suspiros de amor ó blandas galanterías, que á reposadas meditaciones morales ó á himnos religiosos. En buen hora se le ocurrió á Garci-Lasso dejar las estancias largas y el monótono silogizar de los petrarquistas, para dirigir á doña Violante Sanseverino, en nombre de Fabio Galeoto, aquel precioso juguete. Tino y discreción sin iguales mostró en la disposición de su oda, como quien había estudiado la artificiosa marcha de las de Horacio. Tras oportuna introducción, habla

« de aquel cautivo
De quien tenerse debe algún cuidado,
Que está muriendo vivo,
Al remo condenado,
En la concha de Venus amarrado.... »

y trae oportunamente á la memoria, igualándolas ó excediéndolas, las quejas de Horacio á Lidia en la oda 8.^a del libro I. Nacido sin esfuerzo del asunto, viene el episodio de Anaxarete y su transformación en mármol, á la manera que en las odas del poeta de Venusa aparecen el Rapto de Europa (*Impios parræ*) y el castigo de las Danaides (*Mercuri, nam te*). No está peor contado el de nuestro poeta, que termina oportunamente su canto con nuevas exhortaciones á la dama para que deponga su esquividad. La ejecución está intachable como sencillo y clásico el plan. Con buen agüero entraba Horacio en España.

Abundan en los versos de Garci-Lasso las imitaciones más ó menos directas de Horacio. El canto de Salicio en la égloga 2.^a,

« Cuán bienaventurado
Aquel puede llamarse
Que con la dulce soledad se abraza.... »

es remedo feliz del *Beatus ille*. Hay en este trozo versos y frases excelentes, que, como otras muchas de Garci-Lasso, quedaron estereotipadas en nuestro lenguaje poético:

« No ve la llena plaza,
Ni la soberbia puerta....
Plata cendrada y fina,
Oro luciente y puro,
Bajo y vil le parece....
Convida á dulce sueño
Aquel manso ruido
Del agua que la clara fuente envía,
Y las aves sin dueño,
Con canto no aprendido....
Y entre varios olores
Gustando tiernas flores
La solícita abeja susurrando.... »

Garci-Lasso estaba empapado de Horacio; él trasladó á nuestra poesía por vez primera el *Si fractus illabatur orbis*:

« Mas si toda la máquina del cielo
Con espantable son, y con ruido,
Hecha pedazos, se viniere al suelo,
Debe ser (*el pecho generoso*) aterrado y oprimido
Del grave peso y de la gran ruina,
Primero que espantado y conmovido. »

Los comentadores de Garci-Lasso tuvieron cuidado de recoger todas las reminiscencias clásicas que hay en sus escritos. Entre ellas, apuntaron las de Horacio, por lo cual no me detendré en este punto.

La oda horaciana había tomado carta de naturaleza en nuestro Parnaso; faltaba introducir la sátira y la epístola. Hicieron lo segundo Boscán y D. Diego de Mendoza.

Comencemos por Mendoza, que mostró en más ocasiones tal intento, puesto que en sus obras impresas hallamos nueve epístolas. Clarísimo era el entendimiento del ilustre diplomático, y en su agudo ingenio corrían parejas lo variado con lo profundo. En casi todos los géneros literarios probó sus fuerzas, por lo común con fortuna. Mas sus cartas poéticas, de igual suerte que el resto de sus composiciones en metro toscano, andan harto lejanas del encanto de su prosa y de la fluidez y armonía de sus versos cortos. Duros, ásperos y llenos de finales agudos, desagradan á la primera lectura los endecasílabos de Mendoza, que, á estar trabajados con más esmero, fueran deleitoso recreo por lo nutrido del pensamiento, la verdad de los afectos y, á veces, por el feliz desenfado de la expresión. No todas sus epístolas están inspiradas por Horacio; pero siempre, así en la idea como en la forma, aparecen rastros del plácido epicuris-

mo y del familiar abandono de los sermones del Venusino. Los trozos imitados y aun traducidos de éste, mézclanse en las obras de D. Diego con recuerdos de Anacreonte ¹, Píndaro ², Homero ³, Virgilio ⁴, Tibulo, oportunamente traídos á cuento, y remozados, cuando no con pensamientos originales del autor é hijos de su larga experiencia, á lo menos con la expresión desembarazada y franca del hombre de mundo, curtido en los afares de la guerra y de la política, y prácticamente desengañado de la vanidad de las cosas humanas. Tal sentimiento, pero con dulzura clásica y sin misantropía, anima la segunda de sus cartas, dedicada á Boscán, la cual es en su primera parte traducción libre de la sexta del libro 1 de Horacio.

«Nil admirari prope, res est una, Numici....»

Si esta composición no estuviese versificada

- ¹ «Tú, Vulcano, señor de los plateros....»
«Hazme un vaso de plata....»
«En él no entalles rayos....»
(Carta IV, á D. Luis de Zúñiga.)
- ² «Como fuego encendido en noche oscura,
Entre todos metales se parece
El oro.....» etc.
(Carta VII, á D. Bernardino de Mendoza.)
- ³ La alegoría de los dos toneles, en la Carta VII.
- ⁴ «Á la orilla del agua clara y fría
De mármol alzaré soberbio templo....»
(Carta V.)

con tanto descuido, hubiera alcanzado de cierto mayor fortuna.

Hacia la mitad de la epístola comienza Mendoza á discurrir por su cuenta, aunque acordándose siempre de otros pensamientos de Horacio:

«Si te puede sacar de esa contienda
La virtud, como viene, simple y pura,
Al resto del deleite ten la rienda.
Por los desiertos montes va segura,
No teme las saetas venenosas,
No el fuego que no para en armadura,
No entrar en las batallas peligrosas,
No la cruda importuna y larga guerra,
No el loco mar con ondas furiosas,
No la ira del cielo que á la tierra
Hace temblar con hórrido sonido,
Cuando el rayo, rompiéndola, se entierra.
El hombre justo y bueno no es movido
Por ninguna destreza de ejercicios,
Por oro ni metal bien esculpido
.....
No por la pena eterna del profundo,
No por la vida larga ó presta muerte....
.....
Siempre vive contento con su suerte....
Cualquier tiempo que llega, aquél le aplace....
Es por dentro y por defuera puro,
Piensa en sí lo que dice y lo que ha hecho,
Duro en temer, y en esperar más duro....»

Algunos de estos pensamientos están inmejorablemente expresados, y figurarían bien en la

Epístola moral á Fabio. Aunque hoy parezcan triviales estas moralidades, eran una novedad en la poesía del siglo xvi.

Al final de la epístola, Mendoza se acuerda de Tibulo, y traza un agradable cuadro de felicidad doméstica, que ameniza con imágenes campes- tres fáciles y risueñas:

«Mira el sabroso olor de la campaña
Que dan las flores nuevas y sũaves,
Cubriendo el suelo de color extraña;
Escucha el dulce canto que las aves
En la verde arboleda están haciendo,
Con voces, ora agudas, ora graves....
.....
Tú la verás, Boscán, y yo la veo,
.....
Ella te cogerá con blanca mano
Las raras uvas y la fruta cana,
Dulces y frescos dones del verano.»

De este suave color son varias de las epístolas de Mendoza, aunque en otras prefiere ostentar gracejo y desenfado, cual es de ver en la sexta, donde describe el origen y las costumbres de Venecia, al paso que en alguna, puramente erótica, se entrega á sutilezas y discreteos petrarquistas. En el resto de sus poesías, la influencia de la antigüedad es visible donde quiera. Ovidio le inspiró la linda *Fábula de Adonis, Hipomenes y Atalanta*, la bien sentida elegía á la muerte de doña Marina de Aragón, y la metamorfosis de

Anaxarete. Para componer el himno al cardenal Espinosa calentó su estro poético leyendo á Pindaro por largos días, según apuntan sus biógrafos. Últimamente (y es lo que importa á nuestro propósito), hasta en una canción *A la primavera*, escrita al modo italiano, puso reminiscencias del *Solvitur acris*. El traductor de Aristóteles é imitador de Salustio era un hombre de pleno Renacimiento. No ha olvidado la Europa sabía cuánto acrecentó D. Diego la erudición helénica con la adquisición de los preciosos códices que debió á la munificencia de Solimán el Magnífico ¹.

No entraron en la colección poética de Mendoza, publicada por Frey Juan Díaz Hidalgo, varias sátiras y epístolas en tercetos dedicadas á celebrar las excelencias de *la cola*, de *la pulga*, de *la zanahoria*, *la vida del pícaro*, etc., escritas todas con buen donaire, pero con sobra de licencia. En lo que de estos versos, casi todos inéditos, conozco, nada *horaciano* se encuentra digno de particular recordación. Cabe de todas suertes á Mendoza la gloria de haber intentado el primero escribir en verso castellano *epístolas morales* á imitación del solitario tiburtino. Veremos luego cuán bien prendió esta semilla en el suelo castellano.

¹ Sobre este punto debe consultarse el admirable libro del malogrado helenista francés Carlos Graux, *Essai sur les fonds grecs de l'Escorial*.

Imitóle por de pronto Juan Boscán, poeta barcelonés tan famoso como poco leído, aunque muy digno de serlo, y prosista de los más amenos, enérgicos y numerosos, en su áurea traducción de *El Cortesano* ¹. Una sola epístola al modo del favorito de Mecenas escribió Boscán, y ésta para contestar á Mendoza. Aféanla los mismos descuidos de metrificación y estilo que á las de éste, descuidos fáciles de perdonar en quienes fueron los primeros á abrir senda y mostrar camino; pero reune, esto no obstante, mérito sobrado para que se haga de ella mención muy honrosa. Disertando largamente sobre el consabido tema de *Nil mirari*, y encareciendo las ventajas de la medianía, vierte Boscán sentencias morales, que después adoptó, hasta en la expresión, con leves variantes, el capitán Fernández de Andrada para su célebre *Epístola*:

« Pero, señor, si á la virtud que fundo
Llegar bien no podemos, á lo menos
Excusemos del mal lo más profundo»

.....
Yo no ando ya siguiendo á los mejores;
Bástame alguna vez dar fruto alguno;
En lo demás conténtome de flores.

No quiero en la virtud ser importuno....
.....

¹ Pocos pasajes hay en lengua castellana que compitan con el razonamiento sobre *la hermosura y el amor* en el libro IV de *El Cortesano*.

La tierra está con llanos y con cumbres ;
Lo tolerable al tiempo acomodemos....

.....
Conviene en este mundo andar muy diestro,
Templando con el miedo la esperanza,
Y alargando con tiento el paso nuestro !

.....
No curo yo de hacer cavar mineros
De venas de metal ni otras riquezas,
Para alcanzar gran suma de dineros....

.....
Quien quiera se desmande y se desmida,
Buscando el oro puro y reluciente
Y la concha del mar Indo venida.

.....»

¿Quién no ve el reflejo de estos versos de
Boscán en estos otros de Andrada :

« No porque así te escribo, hagas conceto
De poner la virtud en ejercicio,
Que aun esto fué difícil á Epicteto.
Basta al que empieza aborrecer el vicio
Y el ánimo enseñar á ser modesto....
No sazona la fruta en un momento....
Iguala con la vida el pensamiento....
Triste de aquel que vive y se dilata
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata. »

Bueno es ir notando estas coincidencias para
que se vea el hilo de la tradición entre nuestros
epistológrafos horacianos.

Pero lo más digno de alabanza en la poesía
de Boscán es que supo rejuvenecer con *impresio-*
nes propias estas viejas moralidades, haciendo

una descripción encantadora (aparte de alguna
frase débil y prosaica) de la felicidad que al lado
de su mujer disfrutaba, ya en la ciudad, ya en
el campo. Hay en el largo trozo á que aludo
tercetos tan agradables como estos, que con-
viene citar, ya que Boscán tiene reputación, en
parte merecida, de poeta duro y desaliñado :

« A do corra algún río nos iremos,
Y á la sombra de alguna verde haya,
A do estemos mejor, nos sentaremos....

El río correrá por do es su vía,
Nosotros correremos por la nuestra,
Sin pensar en la noche ni en el día.

El ruiseñor nos cantará á la diestra,
Y vendrá sin el cuervo la paloma,
Haciendo en su venida alegre muestra....

Ternemos nuestros libros en las manos,
Y no se cansarán de andar contando
Los hechos celestiales y mundanos.

Virgilio á Eneas estará cantando,
Y Homero el corazón de Aquiles fiero,
Y el navegar de Ulises rodeando.

Propercio verná allí por compañero,
El qual dirá con dulces armonías
Del arte que á su Cintia amó primero.

Catulo acudirá por otras vías,
Llorando de su Lesbía los amores.... »

Este agradable concierto de bellezas natura-
les y de solaces literarios está animado por la
llama del amor conyugal, á veces tan delicada-
mente expresado, como en estos versos :

« Su mano me dará dentro en mi mano,
 Y acudirán deleites y blanduras
 De un sano corazón en otro sano...
 Y aquellos pensamientos míos tan vanos
 Ella los va borrando con el dedo,
 Y escribe en su lugar otros más sanos. »

Esta imagen es graciosísima, y los que ligeramente han aseverado que Boscán era poeta muy mediano, y que sólo á circunstancias fortuitas debió su fama, no habían leído de seguro esta epístola, ni el *Hero y Leandro*, ni las octavas rimas que imitó del Bembo.

Otras epístolas en tercetos escribió el vate catalán, pero son meros capítulos de amores á la manera italiana.

Al lado de Garcí-Lasso, Boscán, Mendoza y el desconocido D. Luís de Haro, figuran como miembros de la primera pléyade poética del siglo xvi Gutierre de Cetina y D. Hernando de Acuña. Entre las poesías del primero hay ocho epístolas (todas en tercetos, á excepción de una en verso suelto), de las cuales sólo dos han sido impresas¹. La primera está dedicada á D. Diego de Mendoza, y la segunda al príncipe de Áscoli. No tienen pretensiones horacianas, y se limitan á fáciles narraciones de sucesos de la corte y de la guerra, escritas con gracia y muy bien versi-

¹ Las demás se conservan en Sevilla, en un códice que perteneció á D. José María de Álava. Esperamos que las publique la Sociedad de Bibliófilos Andaluces.

ficadas. En lo que tienen de sátiras, vese patente más la imitación italiana que la latina. Hay algunos rasgos acerca de la corte que parecen haber inspirado á los Argensolas.

D. Hieronymo de Urrea, infeliz traductor del Ariosto, anduvo más afortunado en una epístola dirigida al mismo Gutierre de Cetina, que se lee en las obras de éste. No ofrece huellas horacianas.

Hernando de Acuña, ingenioso poeta de sociedad, como dirían los franceses, y buen traductor de Ovidio, sólo merece recuerdo aquí por haber hecho una parodia de *La Flor de Guido*, zahiriendo al mismo Urrea por sus malos versos, y unas *Liras á Galatea*, en que hay frases discretas y felices y mucha fluidez de metrificacón, mas no gran espíritu latino.

En resumen: este primer período de nuestra poesía clásica había creado la *Oda* y la *Epístola* horacianas, dando un modelo de la primera. La sátira no había aparecido aún con caracteres latinos: Bartolomé de Torres Naharro, Cristóbal de Castillejo, son admirables satíricos, ricos de sales y de agudezas, pero no imitan á Horacio; siguen el impulso de su genio ó el de la sátira italiana. El desarrollar los gérmenes y completar la obra estaba reservado á la segunda generación literaria del siglo de oro. La escuela salmantina debía perfeccionar la *Oda*; la escuela

sevillana, la *Epístola*; la escuela aragonesa, la *Sátira*. Estudiemos este desarrollo en capítulos sucesivos.

II.

Nunca la inspiración lírica entre nosotros subió á más alto punto que en la escuela salmantina, ni conozco poeta peninsular comparable á Fr. Luis de León en este género. Él realizó la unión de la forma clásica y del espíritu nuevo, presentida mas no alcanzada por otros ingenios del Renacimiento. Sus dotes geniales eran grandes, su gusto purísimo, su erudición variada y extensa. Éranle familiares en su original los sagrados libros, sentía y penetraba bien el espíritu de la poesía hebraica; y de la griega y latina poco ó nada se ocultó á sus lecturas é imitaciones. Aprendió de los antiguos la pureza y sobriedad de la frase, y aquel incomparable *ne quid nimis*, tan poco frecuente en las literaturas modernas. Nutrió su espíritu con autores místicos, y de ellos tomó la alteza del pensamiento, en él unida á una serenidad, lucidez y suave calor, á la continua dominantes en sus versos y en su prosa, no menos artística que ellos, y semejante á la de Platón en muchas cosas. Acudió á todas las fuentes del gusto, y adornó á la Musa castellana con los más preciados despojos

de las divinidades extrañas. Y animó luego este fondo de imitaciones con un aliento propio y vigoroso, bastante á sacar de la inmovilidad lo que pudiera juzgarse forma muerta, encarnando en ella su vigorosa individualidad poética, ese elemento personal del artista, que da unidad y carácter propio á su obra.

El desarrollo del genio lírico de Fr. Luis de León, con los ensayos y tanteos preliminares, pudiera ser estudiado, á lo que entiendo, dividido en períodos, del modo siguiente:

1.º Imitación toscana. Es probable que comenzase nuestro agustino por aquí, dado el predominio de la escuela itálica entre nosotros. Á esta época pertenecen algunas traducciones del Bembo y de Juan della Casa, una admirable canción imitada del Petrarca, y algunos sonetos, de los cuales el que comienza:

«Agora con la aurora se levanta...»

es de las cosas más bellas y delicadas que hay en castellano; y rivaliza con el de Dante:

«Tanto gentile e tanto onesta pare...»

Aun como imitador de los toscanos, es fray Luis de León el primero de los líricos españoles.

2.º Traducciones de griegos y latinos. Período de indecisión y de labor continua. Fr. Luis,

no satisfecho con los modelos de Italia, traduce sucesivamente á Píndaro, Eurípides, Virgilio, Tibulo y Horacio. ¡Qué admirable escuela! Inclínase especialmente á las formas líricas, y puesto á escoger entre la de Píndaro y la de Horacio, opta por la segunda, como más sobria y reconcentrada, más apta á la poesía moderna, y más en armonía con la índole de su ingenio y con los asuntos que se proponía tratar. Ejercitase á la vez en las combinaciones rítmicas, y se decide por la *lira* de Garci-Lasso, como la más horaciana que hasta entonces poseía nuestra métrica.

3.º Traducciones de la poesía bíblica. Pudiera considerarse incluido en el anterior, pero conviene separarle, porque en él se desarrolla otra fase del espíritu poético de Fr. Luís, dominado por el dualismo hebraico-clásico, ya con tendencias á la armonía, manifiesta en la aplicación del ritmo inventado por Garci-Lasso á la interpretación de algunos salmos.

4.º Primeros ensayos originales. Fr. Luís de León imita *directamente* algunas odas de Horacio, entre ellas el *Vaticinio de Nereo*, trocado en *Profecía del Tajo*, y el *Beatus ille* en la oda *¡Qué descansada vida!* La segunda de estas imitaciones es muy superior á la primera, porque la anima el sentimiento vivo y personal del poeta. En ambas está maravillosamente trabajada la forma, lo cual ha contribuido á su fama, perjudicial tal

vez á la de otras composiciones más características del poeta, aunque menos correctas. Por primera vez se aplica en la *Profecía* el estilo clásico á asuntos históricos nacionales. Á la oda *erótica* horaciana, introducida por Garci-Lasso, sucede la *filosófica y moral*, nunca afeada en Fr. Luís con rastros de epicurismo. Una vez sola, en el periodo de *educación* poética antes indicado, pagó tributo el teólogo salmantino á la moral pagana. Me refirió á la lindísima *Imitación de diversos*, notable asimismo por estar en una forma métrica predilecta de los poetas palacianos del siglo xv, y casi desterrada entre los eruditos del xvi.

Son varias las odas *morales* de Fr. Luís que pertenecen á este periodo de imitación horaciana directa. Señalaré, entre las menos citadas, aunque muy dignas de serlo, la que comienza :

« Virtud, hija del cielo,
La más ilustre empresa de la vida.... »

que es imitación del himno de Aristóteles á Herminias, pero contiene además reminiscencias del *Justum et tenacem*, v. gr. :

« Tú dende la hoguera
Al cielo levantaste al fuerte Alcides.... »

lo cual recuerda inmediatamente el:

« Hac arte Pollux, hac vagus Hercules.... »

Imitación felicísima del *Nullus argento* es la oda sobre *la avaricia*, enderezada á Felipe Ruíz :

« En vano el mar fatiga
La vela portuguesa, que ni el seno
De Persia, ni la amiga
Maluca da árbol bueno,
Que pueda hacer un ánimo sereno.... »

Obsérvese cuán hábilmente sabe remozar León con recuerdos contemporáneos las máximas de la sabiduría antigua. Otras veces pone una imagen donde en el original había una sentencia, ó se apodera de la sentencia, deja la imagen empleada por su modelo, y sustituye otra. Por ejemplo, en la oda *del moderado y constante* expuso la idea del *justum et tenacem* por medio del simil de la *nudosa carrasca, en alto risco desmochada*. En esta, odas hay materia de inagotable estudio. El procedimiento lírico se aprende, si aprenderse puedes mejor que en ningún tratado de estética. Siempre aparecen claras las semejanzas y las diferencias entre Horacio y León. Toma el segundo la descripción del invierno en el *Vides ut alta stet nive candidum*, la repite con circunstancias nuevas en la oda á *Juan de Grial*, y termina con exhortaciones, no al placer, sino á los *estudios nobles*, y con una leve alusión á sus desgracias personales, la cual basta para dar carácter *subjetivo* á la poesía, ni más ni menos de lo conveniente.

En este período hay todavía algo de inseguro y vacilante en los pasos del poeta, mas siempre acierta á poner vida propia en lo que imita. La oda *Á todos los Santos*, con ser remedo á veces muy cercano del *Quem virum aut heroa*, está llena de entusiasmo religioso, sin que lo singular de su estructura dañe ni empeza al efecto total ni al de los pormenores.

Á esta época debe pertenecer también la oda *A Santiago*, más incorrecta, pero no menos inspirada que la *Profecía del Tajo*. Debió ser uno de los primeros ensayos originales del poeta, pues ni la expresión es tan concentrada, ni el vuelo lírico tan rápido, ni las reminiscencias clásicas están bien fundidas con el tono general de la obra, habiendo alguna incongruencia, como la de impeler las Nereidas el bajel que conduce el cuerpo del Apóstol. Fuera de este caso, es admirable en los versos de Fr. Luís de León el arte de entremezclar y fundir lo viejo con lo nuevo, lo ajeno con lo propio. Tal acontece en la oda *Á Cherinto*, en que está bien traducido y destri-simamente intercalado el canto de las sirenas en la *Odisea*.

5.º Período de completo desarrollo. Imitación sumamente libre y sólo de las condiciones externas. La poesía de Fr. Luís de León toma un carácter del todo místico, aunque conserva la forma clásica. De Horacio guarda siempre la

condensación del pensamiento en breves frases, el arte exquisito de las transiciones y el de enlazar los episodios; pero el estro lírico del maestro León, iluminado por la fe y el amor, vuela á alturas nunca alcanzadas por el romano. No basta el estrecho molde de la oda *moral* para contener las inspiraciones del sabio agustino, ni basta el de la oda *heroica*, ni aun el de la poesía *ascética*, ensayada en *La vida religiosa*, perteneciente sin duda al período anterior. En éste ha llegado á su madurez el ingenio, y no se detiene sino en el misticismo. Partiendo del sentimiento de la naturaleza en la oda *Á Felipe Ruiz*, del sentimiento del arte en la oda *Á Salinas*¹, obsérvese donde quiera la elevación del alma á Dios, manifiesta asimismo en *La noche serena*, en *El apartamiento*, en la hermosa alegoría *Alma región luciente* y en las aladas estrofas á *La Ascensión*. Estas seis composiciones son las más bellas de su autor y de la poesía española. Nada hay superior, como no sean las canciones místicas de San Juan de la Cruz, que no parecen ya entonadas por hombres, sino por ángeles².

Nada citaré de Fr. Luís de León. El que no le sepa de memoria, apréndale y medítele de con-

¹ Admirable paráfrasis de la doctrina estética de Platón. (Milá y Fontanals.)

² Hay de Fr. Luís de León una canción petrarquesca *Á Nuestra Señora*, que es de lo más hermoso que puede leerse. Fué compuesta durante su prisión.

tinuo, que cada día hallará nuevas ocasiones de deleite y de asombro.

«Intender non la puó chi non la prova.»

El profesor de Salamanca entendió como nadie lo que debía ser la poesía moderna. Espiritu cristiano, y forma de Horacio, la más perfecta de las formas líricas.

Unidas á las poesías auténticas de León corren otras muchas, apreciables casi todas, pero de origen más oscuro y controvertible. El separarlas y discernirlas pudiera dar motivo á un trabajo crítico especial, todavía no hecho, y que tal vez emprendamos algún día. Ahora baste dejar asentado que, si no son de Fr. Luís, pertenecen á discípulos é imitadores suyos, es decir, á la escuela poética salmantina. Muchas de estas odas son *horacianas*, por lo menos en la forma, y á veces imitan derechamente las del ilustre autor de *Los nombres de Cristo*. Hay, por ejemplo, una paráfrasis, de sobra larga y desleída, de *La noche serena* y de *La vida descansada*, la cual comienza así, según el texto publicado por el P. Merino:

« Cuando la noche oscura
Romper quiere su velo tenebroso
Y triste vestidura,
Que afea el cielo hermoso
Y envuelve su belleza y ser gracioso.... »

El ignorado autor de esta oda carecía de ner-